

Cómo Enseñar a Leer

por Sebastián Salazar Bondy

194

L.P. 11/7/56

A propósito de una reciente nota de este cronista sobre el auge de las revistas de historietas y su pernicioso efecto sobre la mentalidad media, una persona le inquirió sobre el modo cómo se debe inculcar al estudiante, niño o adolescente, la afición a la buena lectura. No es el autor de la presente nota pedagogo ni especialista en una ciencia afín a la educativa, pero se le ocurren algunas ideas al respecto que aquí expone como la modesta opinión de alguien a quien preocupan sobremedida los problemas de la cultura general en nuestro país. En principio, es posible afirmar que pueblo que no lee —pueblo que no se ilustra, vale decir— es pueblo que se halla incapacitado para desarrollarse espiritualmente al mismo ritmo y velocidad con los que progresa materialmente. De esta manera, en tales circunstancias, el progreso social bordea el peligro de exhibir un carácter parcial y, en consecuencia, defectuoso.

La enseñanza de la lectura ha de tener, en primer lugar, un sentido progresivo. No hay que perder de vista el moderno criterio de la "madurez mental" cuando se invita a un escolar a conocer un texto. Para cada edad funcionan ciertos incentivos primordiales: hay un tiempo para descubrir la naturaleza, otro tiempo para gozar de las aventuras legendarias, otro tiempo para penetrar en los misterios del alma humana, etc. Afortunadamente, existen libros, escritos por plumas maestras, para cada caso. Así, en vez de las antiguas y penosas "lecciones de cosas", ¿no es posible, por ejemplo, atraer la atención del educando sobre el simple y, sin embargo, rico contenido de "Platero y yo" de Juan Ramón Jiménez? ¿Y no es absolutamente factible, para la época en que el niño, gracias a su infatigable imaginación, se siente atraído por lo fabuloso, darle a leer una condensación en prosa —¡jamás en las pésimas traducciones en verso!— de "La Odisea" de Homero? Y para más adelante, cuando, al fin de la pubertad, comienza el estudiante a sentir el llamado de las pasiones y los sentimientos, ¿no resultará propio acercarlo, verbigratia, a la gran novela del siglo XIX, a Dostoievsky, Balzac, Pérez Galdos o Eca Queiroz? El problema se soluciona evitando que el pequeño o el muchacho consideren la buena literatura como aburrida, procurando poner a su alcance aquellas piezas de las letras universales que unen la calidad estética al interés de su intriga o su anécdota. He ahí el secreto de la cuestión.

Es indispensable tener en cuenta, para enseñar a leer en los libros del pasado, que el "tempo" de la existencia en nuestros días es enormemente más acelerado y acezante que el del siglo en que aquéllos fueron escritos y que lógicamente hechos y pensamientos del lector y la lectura tienen que estar en desacuerdo. De ahí que la

selección deba ser muy atinada y que en el contacto entre el educando y la literatura haga falta la paciente y comprensiva colaboración de un maestro. Si de entre la múltiple literatura del Siglo de Oro español elegimos una obra renombrada, no lo hemos de hacer únicamente en función de su prestigio, sino principalmente en relación directa con la vigencia que posee. Si en tal caso escogemos "Las Moradas" de Santa Teresa, con toda su maravillosa belleza, estaremos condenados a fracasar; pues es muy improbable que un alumno se halle dispuesto a encontrar en la abigarrada floresta del estilo teresiano los valores trascendentales que guarda. Idéntico error se cometerá si seleccionamos "Los nombres de Cristo" de Fray Luis de León, "La Celestina" de Rojas o "El Criticón" de Gracián. No acontecerá, en cambio, tal frustración si recomendamos "El celoso extremeño", de divertido enredo, de Cervantes, o el anónimo "El Lazarillo de Tormes", de regocijante provecho, o cualquier otra creación de semejante sentido.

Es necesario advertir, no obstante, que no tiene explicación desdeñar a los autores modernos y contemporáneos, como si carecieran de los valores que han de hacerlos eternos. Tal vez, la mejor manera de iniciar a un principiante en la lectura sea habituarlo a los libros de los escritores de su tiempo, en los cuales hallará elementos que le son familiares, conflictos verosímiles, ideas que lo rodean cotidianamente. Comenzando por el relato y yendo, paulatinamente, a la meditación, será fácil despertar en un joven la inclinación a la literatura profunda y bella, y llevarlo así a preferir las páginas difíciles, por espirituales, a las frívolas, cuyo más increíble espécimen son las historietas de tan nefasta moda. Desde un cuento de Maugham hasta una novela de Hemingway —para citar a los escritores que no son leídos sólo por una élite—, la narración actual puede elevar el gusto y agitar la sensibilidad de un adolescente, haciéndolos disponibles para asimilar posteriormente los frutos más sutiles y complejos de la fantasía y el discurso de todos los tiempos.

Por cierto que el problema está vinculado al de los programas de estudio escolar, y que ellos, por ahora, son la fuente originaria de las muchas fallas de que adolece la formación intelectual del niño peruano. Habrá alguna vez, cuando se acaben los gobiernos que ponen más énfasis en lo externo y fastuoso, que dar a la educación popular un acento más espiritual, el cual —a pesar de lo que creen algunos— no se halla reñido con los propósitos prácticos y realistas de la hora, pues más bien los condicionan y sustentan en un armónico conjunto, cercano, en verdad, a ese ideal clásico que reclamaba una inteligencia sana en un cuerpo capaz.